



## HERMANAS

Por Josefina Muñoz

(LA ESCENA ESTA EN PENUMBRAS. AL CENTRO, SE ENCUENTRA UNA MESA CON DOS SILLAS, EN EL LATERAL IZQUIERDO, UN ALTAR CON SANTOS DE DIVERSOS TIPOS Y UNA VELA ENCENDIDA. FRENTE AL ALTAR SE ENCUENTRA UNA FIGURA SOLITARIA. TIENE LA VESTIMENTA DE UNA SANTERA, SOLO QUE SU PORTE ES DE ALGUIEN MUY DISTINGUIDO).

Milagros: Que entre el próximo, Tata. (SE ESCUCHA EL SONIDO DE PASOS, PERO ELLA NO CAMBIA DE POSICIÓN) Adelante, siéntese y dígame a esta humilde mujer en que puede servirle. (TIRA UNA BOCANADA DE HUMO DEL TABACO QUE FUMA Y GIRA LENTAMENTE AL NO RECIBIR UNA RESPUESTA, COMO PRESINTIENDO ALGO EXTRAÑO) Para eso estoy.... (SORPRENDIDA) ¡Tú!

José: ¡Hola, Leticia!. Han pasado años, ¿cierto? (SE LE NOTA LA TURBACIÓN) ¿Cómo estas, hermana?

Milagros: (RECUPERANDO LA COMPOSTURA) Mi nombre es Milagros y no tengo hermanos. Vivo humildemente con mis hijos y no queda en mi memoria ninguna cosa anterior a esto que ve aquí. (SEÑALA SU VIVIENDA) Así que si no viene para consultarse, puede marcharse por donde vino, porque hay otros que esperan por mí.

José: (ES UN HOMBRE DE APROXIMADAMENTE 50 AÑOS. DE VESTIR CLÁSICO, PERO SIN GRAN PRESENCIA FÍSICA. HABLA SIN MUCHO CONCENCIMIENTO, COMO QUIEN ESTA ATemorizado) Escucha, sé muy bien que no quieres saber de nosotros. Llevas una vida no muy recomendable para avergonzarnos, y tu mayor deseo es vernos acabados. Pero, la realidad es otra. (UN POCO ACALORADO) Estoy aquí en nombre de todos por algo más grande que el orgullo mismo. Mamá Toni se está muriendo y pidió verte.

Leticia: Mamá Toni. ¡Qué lindo! Pero a esa señora el nombre le queda muy grande. Para mí siempre será Petronila, la madrastra que tuve la mala suerte de soportar.

(EN EL PRECISO INSTANTE EN QUE LETICIA DICE ESTA FRASE, ENTRA EN ESCENA UNA MUJER, APARENTA TENER UNOS TREINTA AÑOS GRACIAS A SU ASPECTO RAGIL Y BIEN CUIDADO, PERO SUS MANOS DELATAN ALA EDAD REAL QUE TIENE)

Luisa: (ENERGICA) Toni no tuvo la culpa de nada de lo que pasó. Tienes que entenderlo. Ya es hora de que lo hagas. Mamá Isó murió porque así lo quiso Dios. (EN UN TONO LASTIMERO) Eramos niños y la única que nos tendió la mano fue Toni. ¿Crees que fue fácil para

ella hacerse cargo de seis niños huérfanos y, encima de eso, hijos de su esposo con otra mujer? Mucho hizo ella.

Leticia: (IRONICA Y CON VIOLENCIA CONTENIDA) Vaya, lo que me faltaba. ¡Santa Luisa en acción! ¡Qué sencillo es para algunos olvidar el pasado! Pero yo no, ¿me escucharon las dos? Yo no. A mí no me vengan con cuentos tristes. Hay muchas cosas que estoy segura que su querida "Toni" dejó de contarles. Y claro, como eran tan pequeños, aceptaron como bueno y válido lo que ella les decía. Cuando yo intenté hablarles, hacerles ver la realidad, me llamaron ingrata. Ahora vienen a mi casa a ensuciarla con el nombre de la persona que más odio en la vida. Por mí se pueden largar ahora mismo, y díganle a esa víbora que si de mí depende la salvación de su alma, se pudrirá en el infierno. La Leticia que lo entregaba todo sin reservas se murió. En su lugar estoy yo, Milagros, La Curandera. Si no tienen nada más que agregar, pueden marcharse.

Luisa: De aquí no nos vamos sin ti. Le debes eso a papá. Siempre te lo pidió. "Respetar a Petronila, Leticia", le escuchamos decir mil veces. Y tú no cumpliste. Te fuiste con el primero que se te cruzó por delante, sin pensar en el resto de nosotros. Tanto que te vanagloriabas diciendo que por tus hermanas darías lo que no tenías y aún más. Mira en lo que te has convertido. ¡Qué gloria! (CAMBIANDO UN POCO EL TONO) Vamos, hermana, te necesitamos. Piensa en Isó.

LA ESCENA SE OSCURECE. EN UN LATERAL SE DESARROLLA UN CUADRO DIFERENTE AL ANTERIOR. ES UN FLASH BACK DE LETICIA, PROVOCADO POR LAS PALABRAS DICHAS POR LUISA)

Isó: (ES UNA MUJER JOVEN EN QUIEN SE NOTA UNA MADUREZ MAYOR A SUS AÑOS REALES. SUS OJOS TIENEN LA EXPRESIÓN DE ALGUIEN QUE SABE MORIR MUY PRONTO. ESTA SENTADA HABLANCO DON OTRA PERSONA) Lo que más lamento es dejar a la pequeña Bolivia. Por Leticia no me preocupo, ella es fuerte. Mi sostén. Y será lo mismo para sus hermanas. Pero, Bolivia... Esa niña es tan inquieta. Pocos sabrán tener paciencia con ella.

Leticia Niña: (ENTRANDO DE REPENTE) Yo se la cuido, Isó. No se apure. Si usted va a la capital, yo me encargo de Boli y le cuido la casa como siempre.

Vecina: Leticia, esas no son formas de entrar. Cuando dos gentes grandes hablan, los niños no intervienen.

Isó: (REGAÑÁNDOLA SIN MUCHA FUERZA) Si, mi hija, es cierto. No debiste interrumpir. No es lo que te he enseñado. Anda, ve a ver cómo está José.

Leticia Niña: (EN SU IDEA) Sí, sí; lo siento, Isó. ¿Para dónde va usted? ¿Por qué están recogiendo nuestra ropa? ¿Nos mudamos para otro batey?

Vecina: (AGRIA) Los niños no preguntan tanto. Obedece lo que dijo tu madre. Ustedes están faltos de una mano dura. Casi no ven a su papá, y su mamá está enferma. Por eso se aprovechan. Pero eso cambiará muy pronto. (DÁNDOSE CUENTA DE LA DUREZA DE SUS PALABRAS) Perdón, Isolina, no quise decir eso.

Isó: Esta bien, comadre. No se preocupe (A SU HIJA) Anda, Leticia, sal, antes de que la comadre se enfade contigo. Después hablamos.

Leticia Niña: Pero...

Isó: Sin peros. (EN SECRETO) Y no te quedes detrás de la puerta.

Vecina: Eso es lo malo de tener tantos hijos. Una no tiene tiempo de corregir los defectos de todos. Mira esa muchachita, se cree gente grande y sólo porque tú le has dado demasiado puesto. Esta bien que te ayude, para eso son las hijas mayores, pero no que quiera saber todo lo que se mueve. Dios sabe lo que hace Isolina. Tú me ex-

cusas, pero yo creo que lo mejor que le puede pasar a esa niña es estar con su papá un tiempo. Así, cuando pase lo que tenga que pasar, ella tendrá un poco más de costumbres.

Isó: (MOLESTA, PERO SIN MOSTRARLO) Caramba, comadre, con amigas como usted, ¡quien necesita enemigos! Dígame, ¿cómo va a querer Dios que yo me muera y deje a mis hijos sin madre? Respóndame usted, porque parece que tiene muy buenas relaciones con el más allá.

Vecina: (A LA DEFENSIVA) Excúsame, Isolina, no te pongas así. Tú sabes que yo no lo digo por malo. No me vayas a echar nada encima, que tú eres medio bruja. Es más, para que tú veas que no hay mala fé, estoy dispuesta a quedarme con José.

Isó: Gracias, comadre. No me mate antes de tiempo. Todavía no estoy tan mal. (CORTANTE) Y por cierto, ¿usted no se iba ya?

Vecina: (ENFADADA) ¡Cómo se puede esperar que los hijos tengan educación, si la madre no la tiene! ¡Lo que te pasa es castigo del cielo! A mi no me llames cuando te estés muriendo.

Isó: Adiós, comadre. (HABLANDO HACIA LA PUERTA) Ya puedes salir Leticia.

Leticia Niña: No me simpatiza esa señora. Siempre me mira mal, y parece que se quiere tragar con los ojos a Boli cuando hace una de las de ella. Sólo viene cada vez que quiere que usted le lea las cartas o le haga un ensalme. Priva en buena, pero es muy mala.

Isó: (HABLANDO COMO PARA SI MISMA) La sabiduría de los niños... Leticia, no prestes atención a lo que escuchaste.

Leticia Niña: Isó, usted va a morir. ¿Es eso verdad? Dígame la verdad.

Isó: (RESIGNADA) ¡Ay, Leticia! Tú siempre. (CON GRAN PESAR) Escúchame bien. No importa lo que pase conmigo, prométeme que cuidarás de tus hermanas siempre. Estés donde estés, vela por ellas y por el pequeño José. Promételo. Entre nosotras no hacen falta explicaciones. Si existe alguien que me comprende esa eres tú, mi pequeña niña grande. Haz que tus hermanas no olviden que las amé más que a nada en el mundo, y que aunque no puedan verme, estaré junto a ustedes por siempre. (AL DECIR ESTAS PALABRAS, SE LE ESCAPA UN SOLLOZO)

Leticia Niña: (CON AIRE DE ADULTO QUE HA COMPRENDIDO TODO, SIN NECESIDAD DE MAS PALABRAS) Lo prometo, Isó. Lo prometo...

(CAMBIA LA ESCENA. VUELVE A LA CASA DE LETICIA/MILAGROS. ESTA REPITE LA ULTIMA FRASE)

Leticia: Lo prometo...

Luisa: No te quedes en el aire. Respóndeme. Se lo debes a papá.

Leticia: Cállate, no sabes de lo que hablas. No le debo nada a nadie. Sólo a mi misma. Yo cumplí hasta donde pude, y ni siquiera tienes presente por quién lo hice. Fue por Isó. Ella me impulsaba a luchar por ustedes cada vez que su querida Petronila los atropellaba con improperios que todos han olvidado y convertido en dulces palabras. Acuérdate de la vida que llevó Boli, saltando de hogar en hogar, porque la dulce señora no lo soportaba. Por su culpa nuestra hermana se casó a una edad en que las niñas juegan con muñecas. La pobre anhelaba el hogar que se le negó.

José: Es que Bolivia fue siempre demasiado alborotada. Toni no era una mujer tan joven cuando llegamos a su vida. No tenía fuerzas suficientes para soportar una carga tan pesada. Pero mira, en cambio, lo que pasó conmigo. Ella me crió como a un hijo de su sangre, quitándose el alimento de la boca para dármelo.

Leticia: Sí, claro, Estas muy bien aleccionado. Pero lo que tú ignoras es que ésta (SE SEÑALA) era la que peleaba a brazo partido para que la ración de leche del pequeño demonio, como decía la dul-

ce madrastra, estuviera en la mesa. Cuando cumpliste 8 años, ella decidió que ya no necesitabas seguirla tomando y la eliminó de tu dieta, a pesar de mis continuas protestas. Años después, cuando el doctor te detectó la enfermedad de la columna, yo supe, aún sin que me lo dijeran, que era consecuencia directa de la mala alimentación en tu infancia. Luego, confirmé que era así. No sabes lo mal que me sentí. Aunque tú no te merecías que te dedicara ni un segundo de mis pensamientos. Cría cuervos y te sacarán los ojos. Hay frases que no deben olvidarse jamás.

Luisa: ¡Ya basta! No quiero escucharte más. He tratado de ablandar ese duro corazón apelando a los muertos. Pero tú no entiendes. Eso que dices es abominable. Quieres romper la imagen que tenemos de Petronila. Ensuciarla. Para eso eres muy buena. Recuerda que te escuché en más de una ocasión mientras discutías. Tú eres un verdadero cuervo.

Leticia: Creo que he oído esas palabras antes. ¿Recuerdas, Luisa querida?

(OCURRE LO MISMO QUE EN OTRA ESCENA. LAS DOS MUJERES ESTAN FRENTE A FRENTE EN FRANCO DESAFIO)

Luisa Joven: No importa lo que diga Toni. Iré a estudiar donde las monjas. No es justo que mis otras hermanas terminaran el bachillerato y yo ni siquiera he terminado el octavo, porque ella dice que debo ayudarla en la casa, que la cosa está muy dura. No lo voy a aceptar. ¿Me ayudas, Lety?

Leticia: (REFLEXIONANDO) Sí, sigue tus sueños, hermanita. A lo que le hubiera gustado eso. Quería que llegáramos a ser alguien. Todos los seres humanos cargamos un anhelo muy profundo de superarnos, de cumplir ilusiones que para otros son tontas. El verdadero valor consiste en seguirlos hasta el final, cueste lo que cueste. Tú verás lo que le voy a decir, ya me cansé. Y papá también tendrá que aceptar.

Andrés: (ENTRA TOSIENDO; ES UN HOMBRE MAYOR; PERO DE GRAN PERSONALIDAD) ¿Aceptar qué, chiquitica?

Luisa: ¿Papá?

Leticia: Dile, Luisa. Háblale de tus proyectos. Cuéntale cómo Petronila los quiere "tronchar". No te quedes muda. Vamos, demuestra que tiene en tus venas la sangre de Isolina. Lucha.

Andrés: (SIN ALZAR LA VOZ, PERO FIRME) No la ayudes. (A LUISA) Habla, hija, dime.

Luisa: (TITUBEANDO) Yo... este... bueno... es que... ¿...Sabes, papá? No tiene importancia. Usted conoce a Leticia. Ella...

Andrés: (NO PERMITE QUE LUISA CONCLUYA LA FRASE Y MIRA A SU HIJA MAYOR CON GRAN REPROCHE) Sí, la conozco. Siempre como la mala hierba, carcomiéndole el cerebro a todos. Diciéndole a Bolivia que aquí no la queremos, y que por eso ha estado en las casas de tantos parientes. A Consuelo, que no es malo enfrentarse a su progenitor; a José, que su mamá no es Petronila, y ahora a ti, la más tranquila, que descuides tus deberes en la casa con la excusa de estudiar donde las monjas, cuando la verdad es que quieres encontrarte con el pretendiente ése que tienes, y ella te solapa. Claro que la conozco bien. (SUSPIRA EXASPERADO) Si no fuera porque adoraba a la madre de ustedes... Dios sabe que he tenido mucha paciencia, pero todo tiene su límite. Hemos criado a un cuervo, tal como Petronila dice.

Leticia: (DOLIDA POR LAS PALABRAS DE SU PADRE, PERO HABLÁNDOLE A SU HERMANA) ¿No vas a decir nada, verdad? (LUISA NO LE SOSTIENE LA MIRADA) Cuervo... (REFLEXIONANDO) Es gracioso, papá, que sea precisamente usted quien me llame así. He soportado muchas cosas en nombre del gran amor que mi madre le tuvo. No

lo culpo de mis sufrimientos. Usted es un hombre enfermo, obligado por la miseria en que vivimos a trabajar de sol a sol, cuando debería de estar en su casa tranquilo. Al no estar aquí todo el tiempo, piensa que las cosas van de maravilla. Y yo parezco ser la que no encaja en este reino mágico donde todos, empezando por su señora, le obedecen y son felices. Soy el cuervo, como usted dijo. (DESAFIANTE) Pero, ahora se trata de la educación de Luisa, y si ella lo desea, le daré mi ayuda, aunque no sea mucha. Nos iremos las dos de aquí. Estoy segura de que nuestra amada madrastra lo sentirá mucho, ya que se le irán dos de sus sirvientas gratuitas. (A LUISA) Decide ahora. Esta es tu oportunidad, caiga quien caiga.

Andrés: (FIRME. NO SE HA DEJADO IMPRESIONAR POR LA PALABRAS IMPETUOSAS DE LETICIA) ¡Cuidado como me hablas, jovencita! (A LUISA) Y tú, no te quedes mirándonos como embobada. ¿Qué piensas de lo que dice tu hermana? ¿Te quieres ir con ella? Y esta vez, contéstame bien.

Luisa: (TIMIDA, PUES NO ESPERABA ESTA DISCUSIÓN) No hay necesidad de pelear por mi culpa. Haré lo que usted diga, papá. Es que Leticia mal interpretó mis palabras (LETICIA LA MIRA, DOLIDA).

Andrés: (SATISFECHO) Así se habla, mi hija. Hay que ayudar a Petronila. Ella se lo merece. La pobre, no puede sola con toda la casa. No te apures, que después de que se case Carmen, tu hermana mayor, te inscribo en un instituto para que aprendas un oficio que te ayude cuando yo falte.

Luisa: (ALARMADA, PERO SIN PERDER LA ILUSION QUE LE OCASIONARON LAS PALABRAS DE ANDRÉS) ¡No diga eso, papá! Usted no se va a morir. Y ya verá qué bien ayudo a Toni. No tendrá ninguna queja de mi.

Andrés: (MIRANDO A LETICIA, DICE CON INTENCIÓN MARCADA) Lo sé, hija. Eres digna hija de Isolina. Sabes agradecer. Vamos. Petronila nos espera en la cocina.

(SE MARCHAN DEJANDO A LETICIA/MILAGROS EN ESCENA)

Leticia: (REGRESANDO DE SUS RECUERDOS) Cuervo... (CON AMARGURA) En ese instante empecé a cambiar. Me fui de esa casa porque sentí que no valía la pena luchar más. La guerra estaba perdida de antemano, y sólo entonces lo comprendí. Sin embargo, estaba más unida que nunca a mis hermanas. Cada vez que giraba la cabeza, me parecía ver a la pequeña Boli con la cajita de zapatos donde guardaba sus pocas pertenencias, corriendo descalza por los cañaverales detrás de papá, preguntándole, traviesa e inocente, qué hacía, dónde iban, y jugando pisá-colá con los varones del barrio. A Consuelo, corrigiéndole a José, con aires de maestra sabihonda, la forma correcta de decir teléfono; gritando a los cuatro vientos que sería monja, y papá contestándole que en su casa no había ni religiosos ni maricones. O a la dulce Idalia, con sus ojos de pequeño y sabio filósofo, cuando eligió irse a casa de una prima de papá porque intuía, sin palabras, el negro futuro que le aguardaba si decidía permanecer al lado de nuestra querida Petronila. Solo Idalia, en sus largos silencios, presintió la lucha constante que se sostenía en aquel lugar. Ella sabía que tras la fachada de madrastra benevolente, se ocultaba un odio virulento hacia unos niños cuyo único pecado había sido nacer de un amor sincero y sin ataduras: los bastardos, como le gustaba llamarnos cuando papá no la veía. Le dolía tener ante sus ojos la prueba de que los suyos fueron engendrados por un mero deber conyugal. Es irónico que al final, aquella chiquilla de ojos tristes supo protegerlos más que la que lo prometió, aún estando lejos.

José: (QUE LA HA ESCUCHADO TODO, DESDE LEJOS) Yo no sé que decirte, Luisa.

Luisa: (AUN PERSISTE CON LA IDEA INICIAL) De acuerdo, tal vez fuimos un poco crueles contigo, pero como tú misma dijiste, Idalia estaba, y tú no. Y a ella no la escuchamos nunca quejarse, ni insistir con eso de la memoria de mamá, ni pedimos que buscáramos su tumba. Hay cosas que es mejor olvidar.

Leticia: Hay cosas que es mejor olvidar. Me alegro que pienses así. Eso es algo que decidí hace muchos años. (A LOS DOS) Por eso, estoy en el pleno derecho de exigirles, una vez más, que se vayan. Aquí no existe nadie que ustedes conozcan. Sus caras no me son familiares. (HABLA EN UN TONO DE VOZ QUE EMPLEA COMO CURANDERA) Fuera, intrusos, no molesten.

José: (ASUSTADO ANTE EL CAMBIO EN LA VOZ DE SU HERMANA) Vámonos, Luisa. Nos equivocamos de casa. Esta mujer no es nuestra hermana. No te quedes ahí, parada. Ven.

Luisa: (ASUSTADA, PERO DISPUESTA A DAR LA ULTIMA BATALLA) Esta bien, me marchó. Pero contéstame una pregunta: Si te alejaste hace tantos años, ¿cómo es que sabes tanto sobre nosotros?

Leticia/Milagros: (CON LA MISMA VOZ) Eso no lo sabrás nunca.

Luisa: (MOLESTA POR LA RESPUESTA QUE RECIBIO) Adiós, quienquiera que seas, y si vez a mi hermana Leticia, dile que hay promesas que deben cumplirse hasta el final, aunque duela hacerlo.

Leticia/Milagros: (IRONICA) Se lo haré saber.

(SE ESCUCHA UN PORTAZO. SOLO MILAGROS PERMANECE EN ESCENA. AL PRINCIPIO SU FIGURA ES IMPONENTE, PERO POCO A POCO, VA DESINFLÁNDOSE. SIN FUERZAS, SE SIENTA EN UNA DE LAS SILLAS)

Leticia: (TRISTE) Es asombroso. Yo, la fuerte, la que no llora porque hace años que las lágrimas se le secaron. La que aprendió a leer tazas y cartas para engañar a los crédulos y ganar dinero. Mírenme, destrozada ante al presencia de su pasado.



Si ellos supieran cuántos deseos tuve de abrazarlos, de darles besos y decirles que mi amor por ellos era el mismo. (REBELDE) Tal vez si hubieran venido sólo a buscarme, no a pedirme nada, la cosa hubiera sido diferente. Pero no. Como siempre. Vienen a abogar por alguien más. Una persona que ni siquiera merece que yo esté tan mal en este momento. (MIRANDO AL CIELO) Como dice Milagros, "hay espíritus que halan cuando se van del mundo de los vivos". Al parecer, Petronila ganó.

(SE ESCUCHA EL RUGIR DEL VIENTO. EL AMBIENTE CAMBIA DE REPENTE. MILAGROS SE LEVANTA ALARMADA DE LA SILLA)

Leticia: ¡Qué escalofríos! Hace tiempo que no sentía algo así. Desde... Es mejor no pensar en eso. (LAS LUCES SE ENCIENDEN Y SE APAGAN RAPIDAMENTE. SE OYEN TERS TOQUES DE PUERTA) No, no puede ser. (ALARMADA) Quienquiera que sea puede irse. No estoy para atender espíritus ni gente. Déjenme sola.

Idalia: (ENTRANDO) Existen ciertas órdenes que no deben obedecerse. Tú lo sabes. Además, ¿es esa la manera de recibir a los de tu misma sangre?

Leticia: (SORPRENDIDA, PERO SIN PODER OCULTAR SU FELICIDAD) ¡Idalia!, ojos de búho! Presentí que algo grande iba a pasar, pero no imaginé que era esto.

Idalia: No dudo que estés contenta de verme, pero lo disimulaste muy bien con otros que llegaron antes.

Leticia: (MOLESTA) Es que a esos no los conozco. Vinieron a pedirme cosas imposibles. Yo no pude cerrarles los ojos a mi madre. Y ahora quieren que ayude a morir en paz a quien no lo merece. Se equivocaron de persona. La venganza es muy dulce.

Idalia: Milagros es quien habla, no Leticia. Ella sería incapaz de expresarse así. Milagros, la máscara se creó, se apoderó de su ser convirtiéndola en alguien de hielo. Pero yo sé que allí estás, hermana. La bondad de tu corazón es tan grande que el mal no puede con él. Eres hija de Isolina, y como tal, siempre fuiste buena. ¿Te acuerdas cómo me buscabas? Querías saber de los otros, de tus hermanas. Reías cuando te contaba la última hazaña de Boli. Lloraste al saber la enfermedad de José. Lamentaste el divorcio de Luisa. Enviaste el dinero para que Consuelo se fuera a Puerto Rico, y me ayudaste a irme a Nueva York cuando te lo pedí. Esa es Leticia, la que nadie más que yo conoce. Estoy segura de que ella está escuchando y recordando lo que nos enseñó nuestra madre: la ley del amor. Pagar la maldad con bondad. No importa lo que los demás piensen de nosotros. Su deseo era que fuéramos como una sola persona, unidas, y que actuáramos como si ella todavía viviera. (VIENDO QUE MILAGROS LA IGNORA) ¿Me oyes? Ese era su deseo, y no que pasáramos media vida odiando.

Leticia/Milagros: (SONRIENDO) La santera debiste ser tú. Siempre lo pensé. Las palabras fluyen fácil por tu boca. Sonríes como lo hacía Isó, y hasta hablas como lo haría ella. Contigo no me puedo enojar, porque sería como pelear con mamá. Lo único que puede replicar es que hay cosas que ya pasaron. El tiempo, y no yo, se encargó de borrarlas. Pero la lucha en mi ser continúa. Yo traté de cumplir la promesa que le hice a Isolina antes de morir, mas fue imposible, y dentro de mí se libra la batalla más dura: saber que fallé. Pero peor es tener la conciencia de que, al hacerlo, me fallé a mi misma. Yo ya no soy nadie. Tal vez nunca lo fui, tan sólo la prolongación de los deseos de alguien más. ¿Qué es el bien sin el mal, o viceversa? (IRGUIENDOSE) En mí no busques redenciones. No supe ser hija, ni hermana, ni siquiera madre. Soy nadie. O en el mejor de los casos, soy Milagros, la bruja con su altar de cosas prohibidas y secretos misterios.

Idalia: (VA HACIA SU HERMANA) Hermana, Eso eres. Mi hermana. Nuestra hermana. No te atormentes más. Dale libertad a tu espíritu. Demuestra que tú puedes más que las circunstancias que nos castigaron a todos.

Leticia/Milagros (CASI SOLLOZA) Cuando me hablas así, siento que soy capaz de todo. Pero la realidad es otro. ¡Mírame, responde con la verdad como acostumbras! ¿Qué ves?

(IDALIA PERMANECE CALLADA. PARECE ESTAR ESPERANDO ALGO. EL SILENCIO SE VUELVE ANGUSTIOSO)

Leticia: Responde, no te quedes callada. ¿Qué ves?

Idalia: (HABLANDO AL FIN) A una persona que, por callar, ha perdido los mejores años de su vida. Acompáñame y termina de una vez con tu calvario. Dile a los demás todo lo que has hecho por ellos desde las sombras. Confíesales que tú costearas los estudios de Consuelo, el curso de belleza de Luisa, la operación de José, el inicial de la casa de Bolivia, y tantas otras cosas que ellos ignoran. Demuéstrales que vales más de lo que ellos piensan. Complace la última voluntad de una moribunda.

Leticia: ¿Y que se destruya la imagen que tienen de ti? No. Eres su heroína favorita, y yo la bruja de los cuentos que tiene la desgracia de llevar su sangre. Por agradecimiento, no quiere nada. Además, no lo merezco.

Idalia: Existen en la vida oportunidades dictadas por el cielo mismo. Recuerdo que Isó decía eso. Y es en esos instantes cuando decides tu camino. Vuelvo a repetirte, ven conmigo.

(SE ESCUCHA NUEVAMENTE EL RUGIR DEL VIENTO. ES COMO SI DESSEARA HABLAR. LAS LUCES SE VUELVEN MAS TENUES)

Leticia: (CONMOVIDA) Si tú estuvieras, las cosas serían diferentes. Tal vez mi historia sería otra. Pero ya no estás, y sólo me resta hablar con las sombras.

Idalia: (ALEJÁNDOSE) Habla contigo misma, Leticia o Milagros, como prefieras llamarte, y enfréntate a lo que le huyes. Ha llegado el momento de hacerlo. Hasta luego.

Leticia/Milagros: (QUE HA DADO LA ESPALDA) Espera, no te vayas aún. Hacía tanto tiempo que no me visitabas. Quédate conmigo. Te necesito. (LLAMÁNDOLA) Idalia, Idalia... (SOLLOZANDO) Idalia... Se fue. Como todo en mi vida. Nada valioso queda. Ni siquiera mis hijos, que escaparon de mi lado en cuanto pudieron. Les avergonzaba ser de mi sangre. La historia se repite, sólo que esta vez, la autora de sus días es una muerta en vida. (RIENDO DE UNA FORMA HISTERICA) ¿Qué pensará Milagros de esto? Ella, que domina los muertos y gobierna el arte de los sortilegios. (REACCIONA) ¡Caramba! Ahora sí es verdad que estoy loca, como dicen mis muchachos. Estoy hablando sola, y sobre una persona que yo inventé, alguien que no existe. ¡Qué bien!

Voz de Tata: (AGITADA Y TEMEROSA) ¿Tá sola, doña?

Leticia/Milagros: Si, pero si hay clientes, dile que se vayan. Hoy no habrá más servicios.

Voz de Tata: Pero es que esta doña insiste. (SE OYEN VOCES. ESTAN DISCUTIENDO) ¡Doña, no entre ahí!

(LA SEÑORA LOGRA ENTRAR. ES JOVEN Y SE VE MUY NERVIOSA. MIRA A TODOS LADOS, COMO SI ALGUIEN O ALGO LA ESTUVIERA PERSIGUIENDO)

Joven: Demasiado tarde, muchacha. Cuando yo quiero algo, lo consigo.

Leticia/Milagros: (SIN PRESTARLE ATENCIÓN) Con la suerte que tengo, se atreven a ser las dos que faltan. (MIRA PARA VER QUIEN ES Y SE LE NOTA EN EL ROSTRO LA DECEPCION) Ya usted oyó lo que le



dije a Tata, hoy no atiende a nadie.

Joven: (CON VOZ ANGUSTIADA) Esto es una emergencia. Necesito ayuda. Es una información. (NERVIOSA) Es más, lo que deseo es que usted me ayude a comunicarme con una persona, saber lo que piensa desde donde esté. No sé ni lo que digo. Ni siquiera estoy segura de a qué vine. Me dijeron que usted es buena en su oficio.

Leticia/Milagros: (CON EL ANIMO MAS DISPUESTO) Ya que entró, no tartamudee tanto y diga por fin a qué vino.

Joven: Es que lo que escuchará le parecerá increíble, pero quiero pedirle perdón a un muerto.

Leticia/Milagros: (SIN INMUTARSE) Todo es posible, pero explíqueme más.

Joven: (AGITADA) Yo viví odiándola. Era mi madrastra. Luché por alejarme de casa de mi padre por su causa. Dejé atrás otras cosas que no valen la pena mencionar. Ella falleció hace poco, pero antes de morir pidió verme. El rencor acumulado en mi alma pudo más que yo, y no fui. No le di el gusto. Cuando me avisaron su muerte, me alegré. Se suponía que sería feliz y, por el contrario, vivo atormentada. Descubrí con horror que la vida me había convertido poco a poco en una imagen parecida a lo que detestaba. Sí, porque yo me jactaba de estar por encima de mi madrastra en todos los sentidos, y al final, cometí el mismo error. Ella vivió odiándome debido al gran parecido físico que tengo con mi difunta madre, su detestada rival, y porque, además, tuvo que hacerse cargo de mí cuando se casó con mi papá. Eso fue más de lo que podía soportar, y se dedicó a hacerme la vida de cuadritos. Yo no fui capaz de permitir que se fuera en paz, por orgullo. Terminé siendo la peor de las dos ante los ojos del Señor.

Leticia/Milagros: (PROFUNDAMENTE CONMOVIDA) Usted no necesita mis servicios. Todo lo que tiene que hacer es perdonarse a sí misma por el pasado. En el instante en que comience a limpiar su alma de los demonios que la atormentan, encontrará paz. Deje de castigarse y verá brillar la luz en su vida. Tal vez fue para eso que su madrastra la llamó. No buscaba el perdón, sino que, irónicamente, le ofrecía la oportunidad de curar sus heridas.

Joven: (MAS CALMADA) Qué raro habla usted. Yo pensé... Bueno, no importa. Al parecer, me equivoqué de persona. Lo que me ha dicho no me sirve de nada. ¿Cuánto le debo?

Leticia/Milagros: (MIRÁNDOLA) Es una lástima. Olvídelo, no me debe nada. La consulta corre por mi cuenta.

Joven: (ENTRE LOS DIENTES) Ja, consulta. (LA OBSERVA) Sin duda, es usted una farsante. Puro bulto y nada más. Perdí mi tiempo. Vaya ayuda.

Leticia/Milagros: ¿Acaso no lo somos todos en este mundo?

(LA JOVEN SE MARCHA SIN DECIR UNA SOLA PALABRA. SU EXPRESIÓN LO DICE TODO)

Leticia/Milagros: (RECRIMINÁNDOSE) ¡Pero , qué estúpida soy! Perdí un cliente dizque por estar de buena gente. Pero amén. Ya vendrán más. (MEDITA UNOS SEGUNDOS) Pero ¿por qué dije eso? Parece que algo más fuerte que yo misma me impulsó a hablar. (EXTRAÑADA) Hoy ha sido un día demasiado raro. Mi amiga Milagros no está por trabajar, y se deja gobernar por Leticia, esa debilucha. ¿Qué me está pasando?

Idalia: (APARECIENDO DE NUEVO) Tal vez porque finalmente empiezas a entender, Leticia. Y lo que es mejor, a comprenderte a ti misma.

Leticia/Milagros: Idalia. Sabía que no te marcharías tan fácilmente. Una de tus mayores virtudes es la perseverancia. Y yo, como pue-

des ver, estoy muy débil para seguir luchando contra ti. Porque eres tú, ¿cierto? La que ha removido mi mundo. Lo que tenía, colocándome entre la espada y la pared.

Idalia: (SONRIE) No, no soy yo. Este es tu verdadero instante de gloria. Te lo dije antes. ¿Qué pudiste ver dentro de ti misma?

Leticia/Milagros: (AMARGADA) Nada, no vi nada.

Idalia: y viste todo... (SIN DAR MAS EXPLICACIONES) Adiós, querida hermana, hija de Isolina.

Leticia/Milagros: Isolina, si tuviera una tumba ante la cual llorarte o el poder de volver el tiempo hacia atrás. Mamá, ¡cómo me gustaría tenerte cerca! Tú siempre sabías qué hacer, y pensaste que yo seguiría tu ejemplo.

Luisa: (ENTRANDO) A mi también me hubiera gustado tenerla cerca, pero no es así... Sin embargo, antes de irse Isó, nos dejó el más grande de los regalos. Una hermana a quien amar y respetar. Alguien en quien apoyarnos cuando las tormentas fueran demasiado fuertes para continuar caminando. Y eso no cambió nunca.

Leticia: (SIN SORPRENDERSE POR VER A LUISA DE NUEVO) Vaya, hermana, los abandoné. Y cuando aparecen aquí, los echo sin contemplaciones. Tú regresaste porque, si algo tenemos en común los hijos de Andrés, es ser tercos como mulas.

Bolivia: (ENTRANDO) Y buscarnos dondequiera que estemos, así sea debajo de la tierra, como lo hiciste tú. Aunque nunca quisiste que lo supiéramos. Pero aquí estamos, todo se sabe en la vida, lo bueno y lo malo. (SE LE ACERCA) No es necesario mencionar tu supuesta huida. Tú tuviste tus motivos. Ahora, ver morir a Petronila es el último lazo que nos ata con el ayer. Como hubiera dicho Isó: "no es necesario batir más lo que fue. Construyamos lo que será".

Leticia/Milagros: ¡Qué sabía te has vuelto! Parecen palabras de Idalia. (ACERCÁNDOSE MAS) Mira en lo que se ha convertido la más tremenda de mis polluelos. (A LUISA) ¿Qué te hizo regresar después de la forma en que te traté? Sólo tu terquedad, ¿o fue algo más?

Luisa: Aunque no lo creas, nuestro amor por ti pudo más que todo. No necesito explicaciones. Ya todos somos adultos y logramos salir adelante. Quizás no seamos aquello que soñamos. Pero creo que ya es hora de empezar. Después de todo somos hermanas.

Bolivia: No hablemos más. Vámonos, Leticia. Nos espera una última cita con la amargura y la redención.

Leticia/Milagros: Supongo que así es. Una última cita. Esperé por años la oportunidad de reunirnos de nuevo. Quería que supieran que el camino escogido por mí era honesto, aunque quizás un poco escabroso. Hubo razones poderosas para esto. (SEÑALA EL ALTAR) Y ahora.

Luisa: (DECIDIDA) Habrá una reunión familiar. Todas juntas, con José. El siempre dice que su familia está compuesta de mujeres, y que son ellas las que llevan los pantalones. (DULCE) Ni se imagina que tuvimos un gran ejemplo a seguir.

Leticia/Milagros: (ALGO DOLIDA, PERO SIN LA FUERZA DE OTRAS PALABRAS ANTERIORES) Claro, la bien amada Petronila.

Bolivia: (NO DEJA HABLAR A LUISA) La bien amada Leticia. Nuestra hermana. Deja ya de vacilar. Te está esperando para resarcirte del cariño pendiente entre las dos.

Leticia/Milagros: La oveja que faltaba en el redil de papá. ¿O era otra la que se le escapó? Esa que según decían era la más parecida a Isolina, la mujer a quien él entregó por entero el corazón. Ya no estoy segura de lo que es real ni de lo que es mentira. Es el problema de ser dos cosas a la vez.

Luisa: ¡Suficiente! Deja de autocompadecerte. No conocí a

nuestra madre, pero estoy segura de que sentiría lástima por ti al verte así, sin valor de aprovechar lo que la vida te ofrece: a nosotras.

Bolivia: Leticia, hermana...

José: (ENTRA PRECIPITADAMENTE, SIN FIJARSE EN LETICIA) Acabo de hablar a la casa. Petronila está muy mal. Sigue llamando a Leticia. (LA MIRA) ¿Qué decidió?

(BOLIVIA Y LUISA MIRAN A JOSE CON INCERTIDUMBRE. NO SABEN QUE CONTESTAR. LETICIA ESTA DE PIE, CUAL ESTATUA DE BRONCE. SU MIRADA PARECE PERDIDA)

Leticia: (SIN PRESTAR ATENCIÓN A SUS HERMANOS. ES COMO SI ESTUVIERA SOLA. CAMINA LENTAMENTE HACIA EL PROSCENIO. Y A MEDIDA QUE AVANZA, SE QUITA EL PAÑUELO) Hermanas, hermanas, qué palabra más agri dulce para mí. Escucharla dicha por una de ustedes fue mi mayor anhelo durante mucho tiempo, y ahora... (PARECE QUE ESTA HABLANDO CON OTRA PERSONA) Isó, Isó. Perdóname por no entender, por no cumplir. Yo quise, pero la carga era demasiado pesada para mis hombros, y preferí huir, dejándosela a otro e inventarme fantasías donde quedaba bien con todos, usando a Idalia. Basura y más basura, esa era mi única verdad. ¿Qué es lo que quieres de mí?

MIENTRAS HABLA, SE LE ACERCAN LENTAMENTE SUS HERMANAS, LUISA, BOLIVIA, IDALIA, CONSUELO. SOLO FALTA JOSE)

Leticia: (CON RESOLUCIÓN) Milagros ha muerto hoy. No la necesito. Las tengo a ustedes.

Luisa: Nos tienes a nosotras.

Bolivia: Las hijas de Isolina y Andrés.

Idalia: (REPITIENDO) Las hijas de Isolina y Andrés.

Leticia: (MIRÁNDOLAS) Isolina así lo hubiera querido. Juntas lo podemos todo. Hasta llorar por fin la muerte de quien más amamos, hacer lo que no nos fue posible ayer... Pronunciar un adiós con un mismo corazón. Decirle, como nuestra madre nos confesó, que nunca le tuvo rencor, y que así quería que fuéramos nosotras, abiertas de corazón. (MIRA A ALGUIEN QUE NO ESTA EN LA HABITACIÓN, PERO CUYA PRESENCIA SE PUEDE SENTIR) Ya voy, mamá, no tienes que escuchar detrás de la puerta. Recuerda que es mala educación, como me decías. (CON DECISIÓN) Vamos, llegó la hora. Los muertos nos están esperando.

SE HACE UN OSCURO Y CAE LENTAMENTE EL TELON.

**Muñoz, Josefina**

Licenciada en Lenguas Modernas. Ingresó al grupo de teatro UNAPEC en el año 1986. Participó en la temporada teatral de la sala Ravelo del Teatro Nacional con la obra "Espigas maduras" en el año 1992 bajo la dirección de Franklyn Domínguez.